

como unidos en el seno de una misma madre, en el cual habían sido regenerados, se sentían animados de un mismo deseo, aspiraban á un mismo fin y tenían el mismo espíritu. Eran servidores, caritativos y bienhechores, porque la fé, la moral y el amor al prójimo consiste en hacer bien á todo el mundo. Así es, que los gentiles, al ver la envidiable concordia que reinaba entre los cristianos, su dulzura, su bondad, su moderacion y desinterés en socorrer á los desgraciados, abrazaban una religion que amaba y profesaba una virtud tan embelesadora.

¡Hermanos míos! no os diré que hay pobres que sufren, y que en estos calamitosos tiempos se hallan faltos de todo lo necesario á la vida, porque soleis verlos todos los días; no os diré que estas indigentes criaturas son nuestra carne y nuestra sangre, porque no podeis dudar de esto. Os diré, sí, que supliquemos á María Santísima, se digne alcanzarnos de su divino Hijo la gracia de poderla y de saberla imitar en los preclaros ejemplos de caridad fraternal, de que se hizo nuestra maestra; que su intercesion nos ayude á destruir en nosotros toda acritud, todo rencor, toda antipatia y todo cuanto se opone á la caridad; y que cuando seamos llamados al desempeño de los oficios de esta virtud no olvidemos, que privarse del reposo para asistir á los enfermos, el privarse de las diversiones para visitar á los atribulados, y el compartir nuestro pan para saciar á un hambriento, son actos que atraen sobre nosotros las más saludables bendiciones del Cielo. Obrando de esta suerte, con la intercesion y el patrocinio de María, seremos contados en el número de sus hijos, ya que es propio de los hijos buenos esmerarse en ser semejantes á la madre, y mereceremos participar de su felicidad en el Cielo.

DISCURSO VII.

OBEDIENCIA.

Melior est obedientia quam victima.
La obediencia vale más que los sacrificios.
(I. REG. XV, 22.)

Nacido el hombre para la libertad, aspira á verse libre de todo freno, y procura cual indócil potro sacudir todo género de yugo; ello no obstante, nunca se hallará verdaderamente libre de toda sujecion. Desde el desgraciado día, en que nuestro primer padre perdió por su propia voluntad el dominio con que Dios le había favorecido, no solamente sobre los irracionales, sinó que tambien sobre las altivas pasiones del espíritu, es una vana ilusion el pretender que no ha de estar subordinado á nadie. No podemos excusarnos de ser siervos, puesto que Adán no nos legó en herencia más que servidumbre. Pero, en la dura condicion en que nos hallamos de tener que vivir como siervos, se nos ha concedido la libertad de escoger el señor á quien debemos prestar homenaje y obediencia. En verdad, así como está en nuestro albedrío el servir al mundo y obedecer á sus caprichos, tambien podemos servir á Dios y cumplir sus mandamientos; con la diferencia de que, miéntras que el mundo es un señor que manda con tiránica altivez, y premia, si es que lo haga alguna vez, con avaricia, Dios es un señor que manda con infinita bondad, y galardona con superabundante largueza. Así, pues, la más vulgar prudencia aconseja, que se obedezca á Dios y no al mundo; y la más ilustrada razon exige, que convirtamos la obediencia á Dios en el primero de nuestros deberes, en la más solícita de nuestras atenciones, y en el más íntimo de nuestros afectos.

De esta obediencia nos habla la Santísima Virgen. Cierto que los sagrados Evangelistas se extienden muy poco acerca de la obediencia de María á Dios; pero nadie debe dolerse ni extrañarse de

esta sobriedad acerca de un punto tan importante, pues, no pudiendo acusarles de negligencia en el cumplimiento de su mision, justos como eran, é inspirados por el Espiritu Santo, es preciso concluir, que guardaron silencio por divino consejo, ya que las glorias de tal heroína es más fácil imaginarlas que expresarlas con palabras. Por tanto, prestadme vuestra atencion vosotros, que con tanta devocion venís á este templo para oír hablar de las virtudes de María, regocijándoos con piedad filial en las alabanzas de vuestra cariñosa Madre y Reina; oíd mi discurso acerca de la obediencia de María; y despues de haberos demostrado brevemente la conveniencia de obedecer á Dios, y cuanto le obedeció la Santísima Virgen, finalmente os exhortaré á imitarla. Si con mis reflexiones obtengo, que se encienda ó acreciente en vuestros corazones el deseo de seguir las huellas de María en el santo ejercicio de la obediencia á Dios, no tendreis para que arrepentiros de haberme escuchado. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen: A. M.

La obediencia á Dios ha sido siempre uno de los medios más seguros para santificarse. Obedientes fueron los escogidos que ahora gozan en el Cielo, como lo fué el mismo Jesucristo. Descendido á la tierra para cumplir la obra de nuestra redencion, si lloró niño en Belén, si perseguido se refugió á Egipto, si fué asiduo al trabajo en el taller de un carpintero, si se fatigó en el ejercicio de su mision, si sufrió con paciencia las injurias de la Sinagoga, y en fin, si murió en la cruz ultrajado y maldito, no tuvo otra mira que obedecer la voluntad de su Padre (1). Tenía en tanto esta obediencia, y anhelaba con tanto ardor conformarse á la divina voluntad, que lo consideraba como su alimento y su vida. Por eso, cuando nos instruyó acerca de las peticiones que deben hacerse á Dios, quiso que una de las primeras fuese: Hágase tu voluntad (2); y cuando quiso indicarnos el verdadero camino para ir al Cielo, dijo: que consistía, principalmente, en la obediencia á los divinos mandamientos (3). Yo no niego, amados hermanos, que sea un sacrificio someterse con la obediencia á la voz del Señor; pero añado, que es el más necesario, el más suave, el más provechoso y el más noble de los sacrificios.

Es un sacrificio necesario, porque necesario es, que el siervo obe-

(1) JOAN. VII, 29.

(2) MATH. VI, 10.

(3) IBID. VII, 21.

dezca al señor, y nuestro señor es Dios. Él ha demostrado el derecho que tiene de mandarnos, y la obligacion que tenemos nosotros de obedecerle. Lo demostró con los hechos; y al dictarnos su ley, empleó el más estrepitoso y terrible aparato en medio de relámpagos, truenos y saetas; de suerte, que el pueblo que aguardaba sus mandamientos, atemorizado y tembloroso retrocedió á pasos agigantados. Lo demostró con palabras; pues con voz fuerte y palabras imperiosas, dijo: Yo soy el Señor tu Dios. Cuando promulgó su ley rodeado de tanta grandeza y majestad, quiso imprimir en nuestros corazones un justo concepto de Él, é infundir en nuestra mente un temor tan vivo y profundo, que, en cierto modo, nos hiciese imposible su transgresion. Al decir: Yo soy el Señor tu Dios, quiso advertirnos, que tiene sobre nosotros un absoluto dominio como Criador nuestro, y que nosotros, como á criaturas suyas, le estamos esencialmente subordinados. La fé y la razon nos repiten de continuo esta grande verdad, y es preciso estar falto de entendimiento y de corazon para desconocerla. Así, pues, Dios es el primero y principal de los señores, del cual somos siervos; y habiendo empezado por confesar la necesidad de que el siervo obedezca al señor, se sigue, que debemos prestar obediencia á Dios; y si esta obediencia es un sacrificio, es sin duda el sacrificio más necesario de todos.

La obediencia á Dios es, además, el más dulce de los sacrificios. ¿Dónde podría hallarse un sacrificio más dulce que éste? Desobediendo á Dios, prestamos obediencia á nuestras pasiones, las cuales destruyen la paz. Los impíos, dice Isaías, son como mar embravecido, que no puede calmarse (1). Los viciosos, como enseña la filosofia moral, son infelices por más que abunden en honores y riquezas, no pudiendo los bienes materiales poner remedio al desorden interior. La misma experiencia diaria pone esta verdad fuera de toda duda. Cada día vemos hombres que llevados de las pasiones corren locos detrás de un ídolo caprichoso, derrochan cuanto tienen, y consumen los años y la salud por un poco de humo. Estos son verdaderos sacrificios; y sin embargo, ¿qué diferencia no existe entre estos sacrificios y los que exige la obediencia á Dios? Dios habla, pero no con tanta aspereza como los vicios; Dios manda, pero no con la tiranía con que lo hacen la ambicion, la avaricia, la gula y la concupiscencia. El yugo del Señor es de suyo suave y su carga lijera (2).

(1) IS. LVII, 20.

(2) MATH. XI, 30.

Pueden llevar esta carga los andrajosos y los estropeados, puesto que los estropeados y los andrajosos del Rico del Evangelio fueron invitados á su mesa (1); pueden llevarla los débiles, los extenuados de fatiga á causa de un largo trabajo, ya que es éste un yugo de gracia, de caridad; yugo que alienta á quien lo toma (2), solo comparable con las largas alas del águila cuando emprende su raudó vuelo hácia las regiones del espacio (3). ¿Y quién querrá suponer, que no sea suave semejante yugo? ¿quién podrá dejar de creer, que la obediencia á Dios sea el más dulce de los sacrificios?

Es también el más provechoso. Finitos y limitados como somos, acostumbrados á tratar con los hombres, que por muy compasivos y generosos que se supongan, siempre son limitados y finitos, no llegamos á comprender cual es la liberalidad de nuestro Bienhechor celestial. Al tratarse de la munificencia de Dios, es preciso borrar toda idea de escasez, porque si mucho nos ha dado, muchísimo más puede otorgarnos. Unos recibieron abundante copia de riquezas; otros gran fuerza muscular; estos extensión de dominio; aquellos celebridad extraordinaria; los Abrahán, los José, los David y los Salomón, pueden decirnos de cuantos dones les favoreció el Señor. Pero los dones más preciosos que Dios concede no son los bienes materiales, sino aquellos que nos mueven á practicar las virtudes y nos procuran la eterna bienaventuranza. Esto sentado, ¿no es para nuestra utilidad, para nuestro mayor provecho, tener que obedecer á un Señor tan generoso? Obedézcase á Dios y se nos concederá todo: humildad de espíritu, limpieza de corazón, ciencia, consejo, paciencia, fortaleza ó paz interior. Obedézcase á Dios, y subiremos un día á la mansión bienaventurada, donde triunfan eternamente los Santos, y nos sentaremos al banquete de los Angeles. Dios no nos impone sus preceptos porque tenga necesidad de nuestras obras, sino para hacernos participantes de su felicidad. Si, pues, esta obediencia es un sacrificio, ¿no es el más ventajoso de todos?

Finalmente, la obediencia á Dios es el sacrificio más noble. El sacrificio es tanto más noble, cuanto más apreciable es el bien que se ofrece, y el que nos procura. Ahora bien; para el hombre el bien más apreciable es la propia voluntad, y ésta es la que ofrecemos á Dios obedeciéndole; y esta obediencia nos eleva hasta hacernos hermanos de Jesucristo, y compañeros de los Santos y de los Angeles. No

(1) LUC. XIV, 21.

(2) ISAI. XL, 29.

(3) ISAI. XL, 31.

se concibe nada más noble en la tierra ni en el Cielo. No hay grandeza, no hay gloria ni nobleza mayor, que la nobleza, grandeza y gloria que se adquieren obedeciendo á Dios. Lo expuesto hasta aquí, demuestra plenamente la nobleza de la obediencia; pero resaltarán más esta nobleza con el ejemplo de María.

Que María fué obediente á Dios con fidelidad suma, aparece claramente de toda su vida. Dios lo quiere; y Ella, niña de sorprendente belleza, dejado el hogar doméstico y las caricias de sus afectuosísimos padres, se encierra en el Templo, creciendo al pié del altar como el olivo de la paz, como el árbol interpuesto entre el rayo y el hombre. Dios lo quiere; y desposada con José, hijo de Jacob, protector de su virginidad, acostumbrada como estaba en dedicarse á trabajos delicados en medio de suaves perfumes, de melodiosos cantos y de las atractivas magnificencias de la santa morada, no titubea en abrazar una vida retirada, ocupaciones vulgares, y fatigosos cuidados con el humilde artesano, con el cual se había unido en matrimonio. Es la voluntad de Dios; y habiendo publicado un edicto César Augusto para el padrón general de los pueblos sometidos á su imperio, llega á Belén, donde, rechazada de todas las casas, se refugia, sin lamentarse, en un establo, que en las noches borrascosas sirve de refugio á los pastores y las bestias. Es voluntad divina; y Ella, por más que no pudiese existir nada de común entre lo inmundo y la casta esposa del Espíritu Santo, lejos de manifestar al mundo el estupendo milagro de su maternidad virginal, cumple el precepto del Levítico, que manda la purificación de las madres, y el rescate de los primogénitos. Si huye á Egipto, al tener noticia de que Herodes busca á su Hijo para darle muerte; si después del destierro vuelve á Nazareth entre las felicitaciones y la bienvenida de sus deudos; si afligida y desolada, llegado el tiempo de la pasión de Jesús, atraviesa las calles de Jerusalén; si sube al Calvario al ser enarbolada en alto la Cruz, todo esto lo hace porque tal es la voluntad de Dios.

Y observad aquí, hermanos míos, que la obediencia de María presentó todos los caracteres de la obediencia verdadera, de la obediencia santa, de la obediencia agradable á Dios. El verdadero obediente no aguarda el mandato expreso para obedecer, pues le basta conocer la voluntad de quien tiene derecho á mandarle; por eso María, para obedecer á Dios no aguardó á que se le comunicasen expresos mandatos, bastándole únicamente sentir lo que le dictaba el corazón. El que es obediente de veras, no permanece vacilante entre el hoy y el mañana, no busca sus conveniencias y utilidades, ofre-

ciendo cuanto tiene en sí para aprestarse sin pereza al cumplimiento de los mandatos recibidos; pues María tampoco vaciló respecto del tiempo en que debía obedecer, poniéndose con entera confianza á disposicion del Señor. Es necesario para la verdadera obediencia, que se cumpla lo ordenado con ánimo sumiso, sin la más mínima queja y sin el menor lamento; María cumple cuanto se le ordena con ánimo sumiso, sin el menor lamento ni la más mínima queja. Además, es necesario que la verdadera obediencia se cumpla con satisfaccion y alegría (1); María obedecía con alegría, de manera, que la obediencia era para Ella una satisfaccion y un placer. En fin, la verdadera obediencia debe ser perseverante, y perseverante fué la obediencia de María. Pasad revista de los caractéres que, segun la doctrina de los santos Padres y los oráculos de los sagrados libros, deben adornar á la verdadera obediencia; y los hallareis todos reunidos en la obediencia de María.

Por este motivo han rivalizado en celebrarla todos los doctos y santos varones de la Iglesia. María, dice Santo Tomás de Villanueva, como fiel sierva sometida enteramente á su Señor, no contradiciéndole jamás con las obras, ni con el pensamiento, vivió siempre obediente en todo á la voluntad divina (2). María, asegura San Bernardino, obedeció á Dios más que todos los Santos juntos, porque inclinados éstos al mal á causa de la culpa original, sentían siempre alguna dificultad en obedecer, al paso que la Virgen, libre de toda inclinacion al pecado é inmaculada como era, se movió constantemente como una rueda al soplo de toda inspiracion divina (3). María, segun San Agustin, obedeció de tal suerte, que su obediencia reparó el daño causado por la desobediencia de Eva; y así como Eva con su desobediencia se causó la muerte á sí misma y á todo el humano linaje, María, por el contrario, con su obediencia fué causa de la salvacion para sí y para la humanidad entera (4). María, dice Ricardo de San Lorenzo, comentando algunas palabras del Cántico, tuvo un alma, que, como metal derritido, en toda ocasion y en todo tiempo, estuvo siempre pronta á tomar todas las formas que Dios quiso. Estas y otras expresiones parecidas empleaban aquellos santos varones, glorificando la obediencia de la Virgen, y á boca llena la predicaban beatísima por esta virtud. Y nunca cesaban de hablar de la misma,

(1) II. COR. IX, 7.

(2) S. THOM. DE VILL. *Cant. de Ann.*

(3) S. BERN. SEN. serm. XI.

(4) S. AUGUST. serm. 18 de Sanctis.

sabiendo que admiraban lo que los Angeles jamás se cansan de admirar; que encomiaban con todas sus fuerzas lo que encomian incesantemente los mismos Cielos; que discurrían sobre lo que colma de júbilo á los justos y es prenda de perdon para los culpables; habiendo la misma Virgen revelado á Santa Brigida, que por los méritos de su obediencia había alcanzado del Señor, que fuesen perdonados los pecadores que acudiesen á Ella arrepentidos (1).

Debiendo ahora, hermanos míos, exhortaros á ser obedientes á la voluntad divina, añado, que no es gravosa la obediencia que Dios nos exige. En efecto; basta considerar, primeramente, lo que se nos pide, y en segundo lugar la gracia que nos asiste, para concluir, que esta obediencia, más bien que áspera, es suave. Dios no nos pide nada grave; y dejando que cada uno viva tranquilo en su estado, quiere solo aquellas virtudes que convienen á cada estado particular. Es tanta la gracia con que nos asiste, que, segun el Apóstol, todo lo podemos (2). Por lo tanto, si no se nos pide nada que sea superior á nuestras fuerzas, y se nos favorece con muchos auxilios para cumplir lo que se nos manda, ¿qué puede hallarse de desagradable en la obediencia? La obediencia no pareció difícil á una Pelagia, que vivió solitaria en un desierto; á una Magdalena, que pasó sus días derramando lágrimas en una gruta; á un Jacobo, que vivió oculto en un sepulcro; ni á un Pablo, que vivió en la soledad de las selvas habitadas por fieras; ¿y nos parecerá difícil á nosotros á quienes no se pide tanto?

Cierto, que para obedecer á Dios es necesario, de vez en cuando, declarar la guerra á los sentidos, sostener continuas luchas contra las pasiones, sufrir las persecuciones del mundo; pero precisamente por esto el Espíritu Santo dice: que el hombre obediente cantará victoria (3). Vence al demonio, el cual no hallando en él ningun deseo de entrar en sus conspiraciones y secundarle en sus perversos planes, se encuentra sin armas para asaltarle, y si le asalta es para su mayor derrota. Vence al mundo, el cual no hallando en él ninguna disposicion para sus malvados intentos, se ve sin fuerzas para hacerse suyo, y cuando piensa vencerle, es vencido. Vence las pasiones, las cuales en la sumision de la voluntad, que es su alimento y sostén, se sienten sometidas. Vence á la misma muerte, de la cual nada tiene

(1) REV. S. BRIG.

(2) PHILIP. IV, 13.

(3) PROV. XXI, 28.

que temer, y todo lo espera de Dios, á quien habrá obedecido constantemente con obsequiosa reverencia.

Las asperezas de la lucha no impiden que el obediente goce de una inefable alegría. David afirmaba, que el Señor previene con bendiciones de dulzura al que se le consagra con perfecta obediencia (1). El Apóstol asegura, que las tribulaciones, no solo no destruyen la paz en el corazón resignado á la divina voluntad, sinó que la hacen todavía superabundante (2). Superabundante la experimentaron las Teresas, que por los extremos de gozo se desvanecían; los Franciscos de Asis, que con la plenitud de júbilo gozábanse en las mismas penas; los Franciscos Saverios, que hubieran querido padecer aún más para embriagarse mejor de las celestiales delicias; y los Bernardos, que en vista de los consuelos que experimentaban obedeciendo á Dios, les parecían enojosos y amargos todos los placeres, todos los deleites y todas las diversiones de este mundo. No se diga, pues, que la obediencia á Dios sea de carácter tan brusco que rechace al que se le acerca, ó de aspecto tan tétrico que espante á los que lo miran; confiese más bien que la vida obediente es un vivir muy dulce, muy alegre y suavísimo.

Pero, téngase muy presente, que esas glorias y esas dulzuras están reservadas á las almas piadosas, que han subyugado la voluntad propia para entregarse enteramente á Dios. Aquel que, despues de haberse sometido al Señor, diere oídos á las sugerencias del mundo, abriere el corazón á las seducciones de la carne, ó á los estímulos de la culpa, es un rebelde que se deshonorra, un pérfido que se cubre de ignominia, y un vil que se convierte en miserable esclavo de los enemigos ya domados en otro tiempo. Por otra parte, la abnegacion de la voluntad es más rara de lo que se piensa. El amor propio, que sabe encontrar excusas para evitar lo que no le favorece, es ingenioso para satisfacer sus deseos, cubriéndose con el manto de la obediencia; pero sépase, que esta pretendida obediencia es falsa, y solo sirve para hacernos más abominables á los ojos del Señor. Temamos, hermanos míos, una tal desgracia; y para alejarla de nosotros, meditemos con frecuencia los ejemplos de María. Ella fué obediente de veras, y nosotros, escuchando su voz y siguiendo sus huellas, libres de los castigos que esperan á los culpables, recibiremos en la pátria de los escogidos el premio reservado á los verdaderos obedientes.

(1) PSALM. XX, 4.

(2) II COR. VII, 4.

DISCURSO VIII.

PACIENCIA.

In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Mediante vuestra paciencia salvareis vuestras almas. (Luc. XXI. 19.)

Si pudiese reunir en este momento cuanto se lee en los sagrados Libros, juntamente con lo que han escrito los Padres de la Iglesia, acerca de la virtud de la paciencia, tal vez resultaría un cuadro que llamaría poderosamente vuestra atencion. Por lo que mira á las Sagradas Escrituras, leo: que la tristeza de los pacientes se trocará en júbilo (1); que la paciencia sirve á la prueba; que la prueba produce la esperanza; que la esperanza abre camino á la gloria (2); y que la paciencia es el testimonio de los siervos fieles, el medio para sobrellevar en paz los males de la vida presente, y el título para conquistar la tierra de los escogidos en la eterna beatitud (3). Por lo que se refiere á los Padres, todos afirman, que la paciencia es como un escudo inexpugnable, y una sólida fortaleza capaz de rechazar todos los asaltos del enemigo; que es como un bálsamo que suaviza los males, y una mano amiga que hace la cruz ménos pesada, y que dá al hombre la seguridad de ser admitido en los gozos celestiales. Al oír estas expresiones, uno se siente impulsado á amar una virtud que es su preciosísima causa.

Empero, como si yo así procediese, necesitaría de mucho tiempo, y el discurso traspasaría los límites ordinarios; voy á ofreceros el ejemplo de María, cuya paciencia fué entera, constante, perfecta, heroica, singular; y al proponerla á vuestra consideracion, espero que no ten-

(1) JOAN. XVI, 20

(2) ROM. V, 4.

(3) HEBR. X, 36.